

José Ramo Gómez. Homenaje al poeta¹

El presente artículo es una colección de contribuciones (a modo de “antología” si se quiere) de cuatro colaboradores, compañeros, colegas,... AMIGOS de José, que convivieron y trabajaron con él en los más de 35 años que estuvo en La Rioja.

Alfonso Martínez Galilea, Manuel de las Rivas, Pedro Santana y M^a Teresa González de Garay², nos muestran y acercan, a través de su propia y personal visión, a la figura de un José Ramo, para muchos de nosotros, gran desconocido en su faceta y obra poética... Conocedores tan sólo, (¡y qué grande!), de su faceta humana,... cercana, cordial y afectuosa, que tuvimos la enorme suerte de disfrutar durante sus veraneos en Bañón. Gracias José, por tus colaboraciones en nuestra Revista Grama, “siempre puntuales, aunque por los pelos”, como tu decías, y por tu gran humanidad, que siempre quedará con nosotros.

José Ramo Gómez (Bañón, 1945-Logroño, 2014). Poeta, profesor, traductor,... “en todo intenso, exigente y riguroso, a veces enigmático,... en todo afable”.

(1) Este artículo-antología ha sido coordinado por Pilar Edo, miembro del consejo de redacción de la revista Xiloca y miembro de la Asociación Cultural Vanyon, de Bañón. Desde esta última asociación se están preparando algunos actos conmemorativos, en memoria de José Ramo, para el verano de 2015.

(2) Gracias a todos ellos por su colaboración, en especial a Alfonso y también a Isabel Galán, su mujer, por el material gráfico y las fotografías aportadas.



José Ramo en 1986.

*“Si en campos de Teruel,
en altas sierras
veis mi cuerpo tendido
bajo el sol,
quebrado
y solitario,
no lo cubráis de tierra.
Tened misericordia
de los buitres
y las hienas”.*

José Ramo Gómez (1945-2014)

Alfonso Martínez Galilea³

José Ramo Gómez nació el 1 de marzo de 1945 en Bañón (Teruel). Licenciado en Filología Románica por la Universidad de Zaragoza, y afincado en Logroño desde 1977, entre ese año y 1993 trabajó como profesor de Lengua y Literatura españolas en distintos institutos de La Rioja.

Fue un tiempo director de la Universidad Laboral, en la que formó a varias promociones de alumnos, entre los que se cuentan los escritores Bernardo Sánchez y Andrés Pascual, el periodista Pablo García Mancha o el diseñador gráfico Jorge Elías Palacios. Profesor muy querido por quienes pasaron por sus clases, sus antiguos alumnos han evocado siempre con respeto y gratitud su figura y su ejemplo.

Entre 1993 y 1999 trabajó en la Cité Scolaire Internationale de Lyon, adscrito a los servicios de Educación Exterior del Ministerio de Educación, concluyendo su carrera profesional en el Instituto Francisco Tomás y Valiente de Fuenmayor (La Rioja).

A mediados de los años ochenta dirigió en Logroño la revista *Calle Mayor* (1985-1989) y participó, junto a Manuel de las Rivas, Pedro Santana y otros, en la creación de la *Biblioteca Riojana*, dos de las más destacadas iniciativas de la cultura riojana de esos años. Como poeta y como traductor colaboró también en la mayoría de las revistas literarias riojanas (*L'Anguilla*, *Fábula*, *Mangolele*) y en jornadas y congresos literarios como el Primer Congreso de Escritores de las Autonomías, que tuvo lugar en Hervás (Cáceres) en mayo de 1987. Publicó un estudio sobre la pintura de Enrique Blanco Lac y traducciones de poetas como Tristán Corbière y Jules Supervielle. Fue colaborador de la revista bonaerense *Hablar de poesía*, dirigida por su amigo Ricardo Herrera, y mantuvo una estrecha amistad con dos generaciones de poetas riojanos, que lo hemos tenido por maestro y hermano mayor.

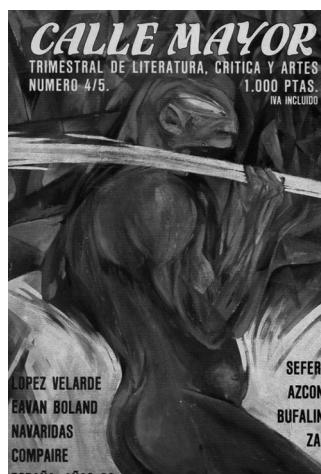
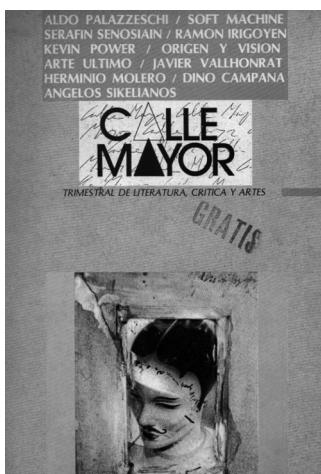
Cuatro libros, tercamente organizados a la manera algo “ingenieril” del autor, es decir con secciones, subsecciones, series numeradas, lemas y epígrafes, son la obra toda de José Ramo, que ronda los doscientos poemas. No es improbable que entre sus papeles puedan hallarse todavía esas notas volanderas de uno, dos, cuatro o cinco versos, escritas con trazo elegante y resuelto sobre fichas blancas, que solían derivar al cabo del tiempo en sus bien perfilados textos. Puede decirse, además, que, si hacemos excepción del póstumo *Para cantar a solas*, José Ramo editó sus libros cuando

(3) Poeta y editor (Logroño, 1959). Miembro del Consejo Editor de la revista *Calle Mayor*. Autor de los libros de poemas *Teatro en llamas* y *5 Poemas*, y de las antologías *Poetas hispanoamericanos en las Jornadas de Poesía en Español de Logroño* y *14 Poetas riojanos*.

y como quiso editarlos, materializando en cada ocasión proyectos que lo acompañaban durante un tiempo, para aparecerseños a los amigos, una vez superado el largo proceso de maduración, con ese aire rotundo de cosa pensada y repensada que tienen sus libros. No todos, quizá. En cierto sentido, *Estrategias* (1981), su obra primera (no “primeriza” en absoluto, porque la publicó con treinta y cinco años y sucedía a una copiosa variedad de textos previos) sí que presenta rasgos de cierta provisionalidad, visible en el recurso al fragmento, a los intertextos más o menos “esotéricos”, y a la convivencia de textos de distinto origen, cuidadosamente articulados, eso sí, por la voluntad discursiva del autor, afectada en esa época por cierto afrancesado teoricismo.

Aunque su natural cortesía le inclinase casi siempre a pedir tu opinión sobre soluciones concretas lo mismo sobre un verso que sobre la ubicación de un determinado poema, uno tenía la impresión de que no había nada impremeditado en sus libros, sino que eran siempre el destilado de un largo viaje interior. Cuando me propuso editar *Aparte*, en torno a 1990, me explicó minuciosamente la naturaleza de “pieza separada” de la colección de poemas, y su ubicación en el mecanismo de *Arte de cámara*, que ya tenía nombre y dimensiones aproximadas, aunque algunas secciones estuvieran todavía en proceso de elaboración.

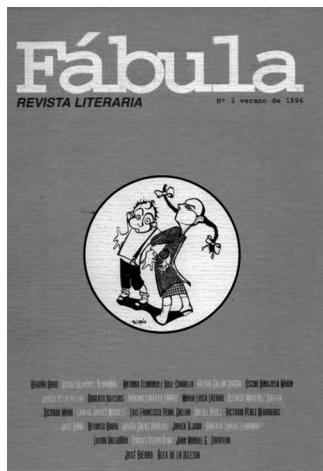
He seleccionado aquí diez poemas: siete pertenecientes a los tres libros publicados en vida del autor (*Estrategias*, *Arte de cámara* y *El oro de la edad*) y tres inéditos, correspondientes a *Para cantar a solas*, el libro póstumo que José dejó preparado unos meses antes de morir, y que será publicado a lo largo del año entrante.



Portadas de la revista *Calle Mayor*, de la que fuera director José Ramo (Portadas años 1985, 1986 y 1987).

Más allá de sus episódicas inquietudes de “hombre de letras”, de las que también queda reflejo en la bibliografía puramente tentativa que acompaña al final de este “Homenaje-Antología”, José Ramo fue un poeta: intenso, riguroso, enigmático a veces. He antologado su poesía en dos ocasiones antes de ahora, y en cada caso he sentido la poderosa atracción de algunos textos que, desgajados de la estructura del libro que les da cobijo, adquieren condición de “artefactos perfectos”: poemas inolvidables donde con solemnidad casi siempre irónica el personaje poético reflexiona, invoca, se mira escribir o disecciona una figuración, con muy raras concesiones al sentimentalismo o a la melopea de los buenos propósitos y las bellas palabras.

Espero que la selección, que se acompaña al final de este “Homenaje-Antología” no prescinda de demasiados matices y que, el gran poeta que fue Pepe, encuentre en Xiloca lectores que lo sepan disfrutar.



Portadas de las revistas *Fábulas* y *Mangolele*, en las que colaboró el poeta.

De José Ramo en La Rioja

Manuel de las Rivas⁴

José Ramo presentó una ponencia al Congreso de Escritores de las Autonomías, celebrado en Hervás (Cáceres) del 1 al 4 de mayo de 1987, donde se resume de manera perfecta y eficaz lo que fue su ideología cultural, sociológica y humana durante los casi cuarenta años que compartió con los riojanos, entre 1975 y 2014. No sólo resume esos aspectos vitales, sino que recoge, de modo directo o indirecto, siempre, eso sí, desde el anonimato prudente y escrupuloso, con la modestia que le caracterizaba, la labor, el trabajo, el esfuerzo y las iniciativas, que constituyeron su obra propia, la que le convirtió en personalidad destacada en el parvo mundo de la cultura de esa región, o de esa “autonomía”, si ustedes aún creen en eso y lo prefieren así, que deja una huella inolvidable en cuantos hemos tenido la fortuna de conoceerle.

Desde tres ángulos avizora José Ramo el panorama sobre el que discurre en su ponencia, y en cada uno de ellos subrayaremos su directa participación.

La primera perspectiva es, sin duda, la pedagógica. José Ramo exigía como elemento clave para darle carpetazo al provincianismo analfabeto que sumía en la inutilidad intelectual y vital absolutas a una serie de provincias españolas arruinadas durante los eternos años de la dictadura, una adecuada formación de las nuevas generaciones, y un permanente contacto con los llamados a la creación cultural de cualquier índole, apoyándolos, incitándolos, y también aprendiendo en su caso de ellos.

Como contribución personal a esa exigencia ahí están presentes los 18 años de profesor de Lengua y Literatura, entre 1975 y 1993, en el Centro de Enseñanzas Integradas de Logroño más los ocho siguientes en la Cité Scolaire Internationale de Lyon. El resto, hasta su jubilación, volvió de nuevo al Centro logroñés. Su conexión con la enseñanza española, el viejo BUP, con adolescentes entre 15 y 18 años, ha sido muy bien reseñada y estilizada por Bernardo Sánchez en el prólogo que dedicó al que fue su profesor, un prólogo que oficia, además de recordatorio de “arte poética”, en la Antología de Poesía en La Rioja (1960-1986), precediendo a la selección de poemas hecha por José Ramo a partir de su obra lírica de creación. En ese prólogo se pone de relieve el estilo y la fuerza de la pedagogía de Ramo, que habría que complementar con sus relaciones, fuera del recinto profesional, con los grupos de jóvenes que trataban por aquellos años de romper el corsé del estiaje que anulaba los recursos humanos creativos de la ciudad, y con los profesores afines de los centros

(4) (Logroño, 1936). Profesor de Literatura, poeta y periodista en el diario La Rioja. Miembro del Consejo Editor de la revista *Calle Mayor*. Autor de los libros de poemas *Tres poemas de amor a destiempo y uno más de odio*, *La salida del túnel*, *Fresas con nata*, *Paraíso clausurado* y *Veinte canciones de agosto y un epitalamio escéptico*.

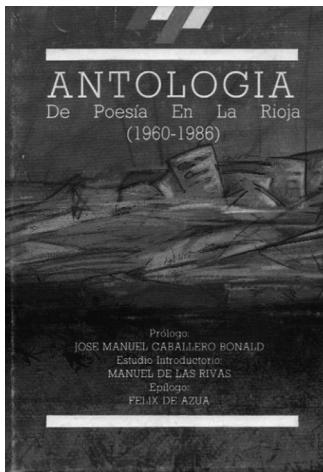
de Enseñanza Media y del entonces todavía Colegio Universitario recientemente creado, germen de la futura Universidad de La Rioja.

Todas estas conexiones permitieron a José Ramo iniciar la aventura de la transformación cultural de la ciudad, base imprescindible para la posible futura transformación de la autonomía en su conjunto. Una utopía, en efecto. Pero, ¿qué se puede hacer sin utopías?

La segunda perspectiva se sitúa en las realizaciones concretas en las que toma parte. Comienzan con su apoyo básico a la preparación y desarrollo de la revista de literatura *L'anguilla*, un primer intento, o uno de los primeros, de imprimir a las ilusiones juveniles de escritura consciente, la calidad necesaria y exigible, que superase las tradicionales fronteras del deliquio provinciano. Estamos ya en 1979, y el cambio



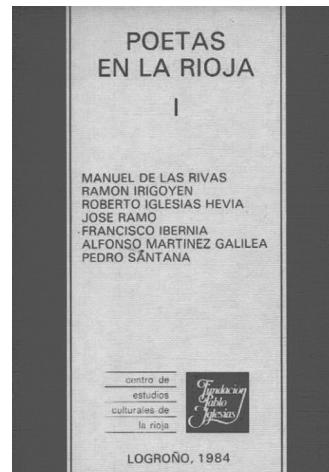
José Ramo en 2011. Foto: Isabel Galán.



Portada de la obra *Antología de Poesía en La Rioja, 1960-1986*



Portada de la Revista de literatura *L'anguilla*, número 2, 1980.



Portada de *Poetas en La Rioja*, de 1984.

político preludia, quizás, un atractivo amanecer. José Ramo no les falla a los responsables y como demostración práctica ahí están sus poemas en uno de los tres números que llegó a publicar la revista. Tampoco falló en la preparación y montaje de la Antología de poesía en La Rioja, a la que ya hemos hecho referencia, que se editaba en Logroño en 1986. Y eso era tan sólo el prólogo de la creación de la Asociación *Calle Mayor*, que editaría, a partir de 1987, la revista del mismo nombre, bajo la dirección, lógicamente, de José Ramo. En este caso, se trataba de una revista de categoría auténticamente nacional, calificada como "elitista" por los cenicientos de turno, pero que tuvo una amplia salida en España y fuera de España, especialmente en Latinoamérica. A mi juicio, aquí se marca, entre el 87 y el 90 el momento cenital de la obra cultural de José Ramo, completada con la aparición, asimismo con su colaboración, de la *Biblioteca Riojana*, un intento serio y riguroso de imprimir textos, antiguos y actuales, de riojanos o de quienes, riojanos o no, eso era un acceso folklórico, tuvieron la suerte o la desgracia de editar en La Rioja. En este capítulo hubo algo más de suerte, La revista *Calle Mayor* llegó a publicar 9 números. La *Biblioteca Riojana*, alguno menos. El cambio político en las alturas regionales y ciudadanas, terminó con las subvenciones y las ayudas, y provocó las correspondientes desapariciones. Pero el portillo se había abierto. A partir de ese momento nadie podría prescindir, cara al futuro, de la labor realizada por José Ramo.

La tercera y última perspectiva que abordaba la ponencia de Cáceres se refería a la relación de las instituciones con el escritor. Tema ingrato como poco, y ambiguo hasta límites insospechados. Terminaba su referencia a este punto José Ramo,

poniendo de manifiesto, cito textualmente, que “el riesgo con el que debe contar toda apreciación objetiva de la situación presente (recordemos que el texto se remonta a 1987), se deriva de la dependencia inevitable que la relación escritor-instituciones tiene en la actualidad con lo político, no como ideología, sino como medio financiero”. Y añade inteligentemente: “Hay que pensar que un cambio político conllevaría un cambio de orientación cultural, cuyo sentido y acierto habría que juzgar en su momento”. En efecto, al menos en La Rioja, el cambio se produjo. Y no creo que fuese para los propósitos y las realizaciones de José Ramo un cambio muy feliz. Pero, eso sí, su obra sigue viva, permanece en la realidad y en la memoria.

Quedaría cojo y manco este artículo, si no hiciésemos mención, aunque sea mínima, de la obra poética y ensayística de José Ramo, que otros compañeros han al menos rememorado. Ya Bernardo Sánchez, en su citado prólogo, hizo un guiño a su *A nous la poesie!*: “Finalmente / deshacerse de poesía / A filo de memoria ir ensayando, / el golpe diestro y bajo. / Y salir huyendo como un prófugo / del elogio sentimental / y los abrazos”. Publicado en *Estrategias*, el año 1981, exigiría, a mi entender, un verso complementario del mismo libro en el poema *De las máximas*: “Elegir algún modo de vida improcedente”.

Nada más improcedente, en efecto, que el modo de vida que eligió Pepe Ramo: la poesía, la cultura y el amor. *Vade retro*, como él hubiera exclamado socarronamente en su excelente latín.

Y no puedo, canónicamente, concluir, sin que el que esto lea, lea además lo que dice Pepe en su *Arte de cámara*, el maduro libro editado en 1995:

“En blancas tierras se confunden los huesos de las gentes que amé.
Suma de cuerpos, sombras y palabras son
los días que regresan.
No regresan”.

Pero yo añado por mi cuenta: Tú no necesitas regresar. Tú estás.

Lo que el poeta sabía: José Ramo en la memoria

Pedro Santana Martínez⁵

... je suis heureux de vous connaitre, de marcher avec vous.

A lo largo de casi treinta y cinco años he sido amigo de José Ramo Gómez. Amigo con otros amigos, nuestra amistad pudo sufrir alguna oscilación térmica o, metidos ya hasta el fondo en una analogía no demasiado feliz, espacial y temporal.

Nuestra amistad recorrió las calles de la ciudad de Logroño, los parajes de las sierras cameranas y algunos lugares de Francia, de Aragón o de Madrid, pero nunca visité las tierras frías de Teruel cuya geometría se me antoja ahora siempre presente en su vida y en su obra, como si ésta fuera entre otras cosas una cartografía no tan secreta de unos cuantos rincones y un número de paisajes puestos allí por una vocación invencible. Así, lo que conozco y lo que imagino de su procedencia nunca abandonada, se lo debo exclusivamente a mi amigo, quien –como si de alguna vez se hubiera ido– regresaba cada año al lugar de los suyos primeros. Me temo, no obstante, que



José Ramo junto a los poetas Manuel Díaz y Raúl Rivero. Foto: Isabel Galán.

las sierras desnudas, las estrechas vaguadas impenetrables a él le revelaban una verdad que no era la que otros, aun los más allegados, podían adivinar, asunto este que (recordémoslo para *la petite histoire*) deparó no pocas y amistosas alianzas en su contra. Seguramente, para él la geografía de las serranías y los valles no era muy diferente a otras geografías, si se me permite la torpeza, a otras teorías y a otras praxis: *Como quien ha explorado y sabe ese lugar / hacia el que otra vez / sin mucha convicción camina.*

Pepe había llegado a Logroño en algún momento que ahora no puedo precisar, mediados los años setenta. Era profesor de literatura. Unos cuantos lo conocimos como poeta y traductor, exigente y riguroso en esto y afable en todo. Poseía la facultad de descubrir y de hacer ver en el detalle la armazón estratégica que sostiene y dirige una epopeya o que define un guiso. Su pedagogía, y no aventuro demasiado, era la del comentario discreto, inadvertidamente pertinente; y seguramente ésa era también su poética.

Y como por aquellos años o un poco más tarde éramos unos cuantos amigos de edades un tanto diversas (cierto es que todas las edades convergen a lo mismo) que escribíamos o pasábamos por escribir poesía, inevitablemente, al menos desde mi vocación taxonómica y al tiempo exhaustiva, acabamos o acabé por fijar el pretendido emblema invisible de cada uno de nosotros. Así, de tal manera, escribía el poeta Manuel o componía el poeta Eguren; cada uno representaba o cubría un casillero de las posibilidades poéticas que la literatura universal o la tradición occidental, por ser más discreto, podía reservar para nuestra pequeña ciudad, a la que nadie va a ser tan cursi como para llamar microcosmos u otras cosas aun peores. Y el que era otro distinto era desde luego Pepe. Pepe era inconfundible, seguramente era el más inconfundible de todos, el que rara vez parodiábamos, si hubo alguna vez.

Ahora, meses tras su muerte, quizá deba tomarme más en serio ésta para algunos –que por ello se califican a sí mismos– censurable querencia clasificatoria, intento cifrar la potencia y la palabra de la obra poética de Pepe Ramo en una clave, una clave que en un prodigo del conocimiento y en un milagro de los que no contempla la teoría de la información crezca hasta ser palanca, viga maestra y estrategia de sus poemas y sus poemarios, tan distintos y tan iguales, una clave que, a espaldas de todas las prevenciones de los críticos y los teóricos, encuentre su punto de apoyo en el axioma incontrovertible según el cual es absurdo separar autor y obra: el autor es quien es porque lo es de esa obra y vale tanto esa obra como, pongamos, el ser moreno, o haber sido fraile, para constituir al sujeto en cuestión.

Estoy diciendo ‘sujeto’ y ‘constituir’: Los muertos mueven a los vivos. Allá por los años ochenta, vimos que Pepe se convirtió en lector metódico de Jacques Lacan y las



Bañón, el pueblo que vió nacer a José Ramo. Ubicado en el altiplano turolense, sus vistas hacia el valle del Jiloca son magníficas. Foto: Pilar Edo.



Vista de las eras y pajares de debajo del cerro... hacia el cementerio... uno de los rincones, o espacios, que más gustaba de contemplar José. Foto: Manuel Muñoz Farriols.

publicaciones de sus seminarios o de lo que aquellas instituciones oratorias fueran. No sé muy bien qué hay de esas páginas más o menos incomprensibles en *Arte de Cámara* o en otros de sus versos o de sus vidas. A un temperamento de los que, por significar algo así como ecuánime, se le llama cartesiano, se le aunaba la voluntad de proseguir una investigación que, sin duda, él trasladaba a unas coordenadas que la convertían en sistema moral para gente que aguanta bien el frío.

Los años ochenta son, por cierto, los que siguen al golpe de estado de Tejero. Como aquel señor nos sorprendió juntos, a Pepe, a Alfonso Martínez Galilea y a mí, de una imprenta a un bar, tenemos aquí una fecha con nombre y apellidos, de esas célebres en que uno recuerda con quien se hallaba, lo que da lugar a la certeza de que todas las demás tardes con Pepe fueron importantes precisamente por eso y por nada más, fuera cual fuera el magnicidio. Es notable, no sé si también singular, el caso de que los más jóvenes aprendiéramos buena parte de lo que conocemos del jardín de Epicuro del ejemplo de un estoico.



Jose Ramo en las IV Jornadas de Poesía en Español, 2002. Foto: larioja.com

Esa clave que postulo la encuentro en una ausencia que se me hace indiscutible: No hay vociferación en los poemas de Pepe, no hay fanfarronería ni intelectual ni sentimental, no hay fuegos de artificio, no hay adjetivos que no tengan tras de sí su dosis de sustancia. Busco en los diccionarios un antónimo de ‘énfasis’ y no lo hay satisfactorio. Lo digo porque se me figura la clave central, el núcleo de *Estrategias*, de *El oro de la edad*, del antes mencionado *Arte de cámara* y la nuez de su autor en lo que a falta de más imaginación o más entregado raciocinio llamaré falta de énfasis, la falta absoluta de énfasis, un rasgo así en negativo, con todas sus paradojas, que no son pocas y que aquí me aliviaré de escudriñar.

Sucede, sin embargo, que la naturalidad, la sencillez, tal vez la discreción, pretendidos antónimos no atienden por igual la retórica y la ética. Digamos que el buen paño en el arca se vende. Vencer al tedio con el efecto suave, colateral si se quiere, como el relámpago que apunta al centro de la *Tempesta* famosa y que no es un subrayado, ni siquiera la clave de bóveda y menos la marca del cantero, aunque al final lo acabe siendo. Nos las veríamos en todo caso, para decirlo a la violeta con Schelling y Cole-ridge, con un signo que se representa a sí mismo, una parte que contiene al todo porque nuestra idea del todo se acaba por cifrar en esa parte.

Yo defendería que Pepe Ramo escribió dos clases de poemas, ambas de lenguaje fluido y sin subrayados, sin énfasis, sin insistencias como las mías, pero en una de ellas



Con sus amigos, en una de las habituales reuniones o tertulias. Año 1987. Foto facilitada por Alfonso Martínez.

aparece con el aparato preciso y sin fanfarria algún efecto colateral que sirve de identificación del poema mismo o también para que conectemos, no con las experiencias del poeta sino con las propias (ruego al lector aquí que no comience en este momento a leer *Estrategias* por su página 11). A la violeta y no excesivamente bajo la rosa, está aquel comentario de Rilke que nos recordaba que los poemas se hacen con experiencias y no, según la vulgar opinión, con sentimientos: *Si en campos de Teruel, / en altas sierras / veis mi cuerpo tendido / bajo el sol, / quebrado / y solitario, / no lo cubráis de tierra. / Tened misericordia / de los buitres / y las hienas.* Esto por cierto es de Pepe Ramo y no una cita de los acreditados *Aufzeichnungen des Malte Laurids Brigge*.

Y lo cierto es que son experiencias con carácter de universal o con su apariencia las que, porque no puede ser de otra manera, conforman el poema. ¿Podemos especificar las experiencias que corresponderían a los poemas de Ramo? En cierto modo, éstos son transparentes al respecto, son poemas referenciales que casi nos indican qué estaba haciendo o por dónde andaba el, llamémoslo así a falta de mejor término, sujeto poético. O qué contemplaba, o qué le llamaba la atención y así, al modo de los gramáticos, fijándonos en lo que ellos se supone que se fijan, señalaremos que no son extraños los poemas que nos ofrecen, entre punto y punto, expresiones nominales, sin verbo porque la acción se da por sabida. Y también poemas que huyen del modo indicativo en variaciones –que nuestra violeta se tornasole ahora más lógica que gramática– sobre las modalidades sean deónticas, epistémicas o vaya sabe uno de qué imposible y al tiempo necesaria especie, eso sí, con más aroma medieval que analítico, con más Sorbona y Sena que Harvard y Carlos y siempre *Elohim plutôt froid* que sentimental.

Pero regreso a mi idea principal: insistiré en la ausencia de insistencia, en la desnudez de la palabra ajena al subrayado. Como sugería más arriba, al lector no se le ocurrirá que semejante proceder se despliega en la múltiple paradoja que se puede esperar de una poesía donde se ha obrado la absoluta deflación de todo efectismo, la eliminación de la retórica hinchada, una poesía que huye de la lírica que rebosa sentimentalidades acompañadas en lo político con el consabido buenismo *for all seasons*.

Notemos entonces que el mínimo quiebro, una leve observación, una llamada al margen, funcionarán como un poderoso asidero, una monumental llamada al lector, el tono menor que se ha hecho trueno. Se me antoja desde luego que ese era el estilo de Pepe y, según el célebre *dictum*, ese debería ser Pepe.

Una mañana de julio, muy pocos días antes de su muerte, le visitamos como hacíamos por aquellos días, pues era a esas horas cuando mejor se encontraba. Ese día fuimos Bernardo Sánchez y yo. Hemos vuelto a menudo a sus palabras, a su prosodia suave, a

su expresividad concentrada en su aire de lo que se dice al descuido, como suele hablarse a las once y media un jueves si no se está trabajando. No quisieron ser esas palabras motivo que enhebrase las oraciones fúnebres, pero aquí estamos con la glosa.

No recuerdo a cuento de qué venían, sólo puedo formular alguna hipótesis, pedante manera de ocultar que sólo puedo mentir, que falseo lo que pasó o que lo ajusto más de lo habitual a una conclusión, pero aplicaré la lección del maestro y no me delataré demasiado en la insistencia.

Todas esas mañanas, digo, me había fijado como sobre la mesa baja una revista, quizá *Le Magazine littéraire*, mostraba el título “La mort et la littérature”, un signo interpretaba yo de que su propietario nos hacía saber algo así como sé de qué va esto y no son precisos ni valen eufemismos, no me vengáis con el énfasis tontorrón del eufemismo a través, por carecer de otros recursos, de su forma que los técnicos llaman litotes. Diré que recuerdo las palabras en la revista, en blanco sobre fondo negro, lo que no sé si es una trampa extraña de la memoria porque ese blanco sobre



Casa donde nació José Ramo, en la callijuela del barrio alto, hoy Calle Mayor. Foto: Pilar Edo.

negro de mi recuerdo no encaja con la portada histórica que el lector fácilmente encontrará, sea del número 197 o del más reciente *comme son nombre l'indique* 525.

En fin, con su pico escapándose de la mesa y de la bien delineada pila de libros, la revista componía su *trompe-l'oeil* todas las mañanas. Más de la que una revista suele aguantar sobre una mesa baja. No recuerdo qué otros títulos, pocos, la acompañaban. No recuerdo sobre todo (y tal cosa haría el relato más contundente, pero también más pueril) si aquella fue la última mañana, aunque tiendo a pensar que no.

A mi derecha veía el pasillo que iba de Norte a Sur: *Desde la galería abierta al sur / avanço por el largo pasillo / hasta los ventanales / que buscan la Redonda/y la costumbre de los soportales*. El poeta le daba ahora la espalda a ese pasillo y a la Redonda. No sé si se había producido alguna pausa que nos amenazase hacia un silencio inabarcable, no sé si fue una réplica o un escojo ante alguna opinión dejada caer sobre la bandeja, junto a las revistas, cuando todo lo que nos decía nuestro amigo era simplemente “me estoy muriendo, pero no os rebajéis, no me rebajéis a una palabra que vale lo mismo que cualquier otra”. Como quien habla del café o del té, de que hay que comprar el periódico o pagar una factura: Siempre he odiado que me llamen Pepe.

Los visitantes nos miramos y sonreímos, que es lo primero que uno hace cuando se encuentra ante lo que nunca había pensado ni podido pensar. Fue, si tal cosa es posible, una epifanía por vía negativa, una anagnórisis al final de la partida en la que el cambio de nombres nos iluminaba por fin el trecho insignificante de treinta y cinco años de nuestras vidas: *Leyes inevitables conocí, / algunos testimonios en el silencio opaco, / Cuerpos que en silencio pidieron regresar / a la ecuánime dicha, y en el tiempo los nombres / dados a la derrama cuando no se posee*.

No se le ocultará al lector que en el aún breve tiempo transcurrido desde aquella mañana de verano, al fresco de la casa que se desperezaba entre las voces de las labores domésticas, hemos comentado, reconstruido y deformado la escena: Siempre he odiado que me llamen Pepe, siempre he odiado que me llamasen Pepe. Variantes adheridas a la memoria y a la interpretación que concuerdan siempre en un tono favorecido tal vez por la enfermedad: mi odio a una trivialidad es irrelevante, pero no hay cosas triviales.

Y durante muchos años por venir recordaremos la falta de énfasis, esa prosodia al descuido que convenía a la mera constatación de un hecho, bien de uno que tenía que ver con algo que sólo José sabía.

Pedro Santana Martínez, Logroño, 1 de febrero de 2015

Los adioses

María Teresa González de Garay⁶

Para Pepe Ramo, con quien iré a recoger setas al bosque de Montemediano algún mediodía.

Hay un poema de Pepe Ramo que hace años me apropié porque lo hubiera querido escribir yo, porque me dio la gana y lo necesité. Trato de explicármelo ahora por el hecho de que me ha acompañado tanto tiempo y en tan diversas situaciones que la memoria lo ha grabado en las entretelas del alma mientras mi cuerpo lo fagocitaba metabolizándolo para siempre.

No solo ese poema de José Ramo me ha acompañado, debo reconocerlo. Hay un buen puñado de ellos que también han ocupado horas mágicas o dolorosas de mis noches, y todos sus libros de poemas los he leído casi tantas veces como los poemas y libros de Manuel de las Rivas. Los he leído mucho, con asombro e intensidad, en ocasiones alucinada o delirando, quizá psicótica o solo con resaca, descifrando vaya usted a saber qué cosas..., pero siempre me hablaban de algo que me importaba e importaba, lo mismo que me ha pasado con los poemas de Alfonso Martínez Galilea, Pedro Santana, Javier de la Iglesia y Emilio Sagasti (entre los principales del grupo que escribía poesía y “noctambuleaba” aquellos años por Logroño).

Si me voy por el túnel del tiempo a 1974 (¡solo han pasado 41 años, qué suspiro tan musical!) me veo aprendiendo a leer poesía con las cuartillas primorosas y manuscritas de Manolo de las Rivas. Incansablemente –desnudo diccionario y corazón expectante en las manos–, sintiendo hondo “en el filo del cuchillo” y tratando de entender hasta las comas que no existían... ¡Cómo no enamorarme aquel año de mi profesor de literatura, al que las “palabras de primavera” le brotaban como torrentes y cascadas por la oscura y poblada barba rebelde y solitaria...!

Tras ese intenso aprendizaje por el camino que no sabía, llegaron pronto los otros pilares de mi particular y hermosísima catedral poética, a los que acabo de citar, y entre los que sobresalía por su sabiduría y sensatez, por su saber estar, su mirada y su paciencia, Pepe Ramo.

En los años ochenta lo recuerdo dando unas clases magistrales en el Colegio Universitario de Logroño en el que yo cursaba tercero de Filología hispánica. Era un

(6) (Logroño, 1958) es Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza y profesora de la Universidad de La Rioja. Especialista en poesía española e hispanoamericana y en literatura del exilio español, ha publicado ediciones de Francisco López de Zárate, Paulino Masip, Max Aub, Eugenio Granell, Patricio Escobal y otros.

seminario extraordinario sobre crítica literaria y las clases que nos dio me deslumbraban (alguna vez hasta me apabullaban).

Poco después de aquellos cursos, me viene –muy nítida– una imagen de Pepe mientras cenábamos un numeroso grupo en casa de unos amigos. Los más jóvenes éramos insoportables (o eso, al menos, me parece a mí en la distancia crítica del recuerdo). Yo, en concreto, me recuerdo con horror. Gritaba y bebía mucho, supongo que decía y hacía mil tonterías y necedades, reía y parecía una adolescente descontrolada. En ese contexto de bullicio en la mesa recuerdo a Pepe Ramo mirándonos (mirándome), sereno, callado y sonriente... viéndonos vivir. Nos contemplaba casi en éxtasis, muy silencioso, con una mirada de infinita comprensión, empatía, alegría y bondad. Me sentí minúscula e imbécil aquella noche frente a una mirada tan cálida, frente a la atención –tan generosa y risueña– de Pepe Ramo hacia nosotros, hacia mí. Y, sin él saberlo, esa noche me dio una lección mejor que las del Colegio Universitario. Y me hizo pensar mucho en mis actitudes y quise poder llegar a parecerme a él... Al menos comportarme con dignidad en su presencia.

Batallas y ocios de juventud, es cierto, pero que iluminaban también el contenido y la significación de sus versos, leídos después de estas experiencias.

El poema al que me refería antes y que hice mío pertenece a *El oro de la edad* (Cuadernos de la Selva Profunda, AMG editor, Logroño, 1997) y se titula “Aunque no lo soporte la verdad y sea inútil el fervor del arte”. Dice así:

*Del sueño de los griegos,
como un sueño,
quiero recuperar el agua discursiva,
la otra orilla del río
y el lugar en que estés
al otro lado.
Y penetrar allí con la palabra
como una frágil nave
o música, y después
tocar la sombra, hablar tal vez,
mas sólo en el idioma
oscuro y necesario
que exige tu rescate
para volver contigo luego
hacia la luz que fuera nuestra
sin mirarte.*



José Ramo junto a algunos amigos poetas, compartiendo velada. Foto: Isabel Galán.

Este poema ha vibrado y resonado en mi vida muchas veces, con desamores y reconciliaciones, incomunicaciones y pérdidas amorosas y filiales. Solo voy a decir que uno de sus múltiples significados (¿será cierto que el mejor poema es el más plurisignificativo?) resonó en Grecia, en Creta más concretamente, el mismo día que murió mi padre en Bilbao cuando yo estaba viendo amanecer en la terraza de un hotel de Heraklion junto a cuatro de mis estudiantes de Filología. Y eso que no supe que mi padre murió hasta el regreso, tres días más tarde. Pero impactada por Grecia (solo la he visitado en aquella ocasión, febrero de 2002) el poema me animaba a reconciliarme con él (quizá también conmigo misma). No sé aún si lo conseguí. Aunque Pepe me dice desde su sonrisa (en el otro lado) que sí. Gracias, Pepe.

Otro episodio, divertido y rocambolesco para ser académico, me sucedió con Pepe cuando él quiso lanzarse a hacer la tesis doctoral sobre María Victoria Atencia García⁷. Yo era ya profesora de la Universidad de La Rioja y me propuso ser su tutora (¡qué gran privilegio poder aprender de los doctorandos!... y Pepe no era cualquier doctorando). No voy a dar más detalles, pero su proyecto produjo que tuviéramos

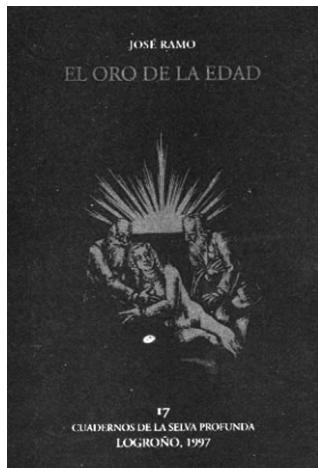
(7) María Victoria Atencia García (Málaga, 1931) es una poetisa perteneciente a la generación del 50, cuya obra sufrió un parón de 1961 a 1976. Dotada de gran personalidad, su obra es una comunión entre clasicismo y modernidad, siendo toda una maestra del verso alejandrino, y admiradora de Rilke, cuya lectura supuso un antes y un después en su escritura.

alguna sabrosa conversación telefónica... Y, sobre todo, leí con gran atención y fervor a una de sus poetas preferidas. Así que le debo también a Pepe mis horas con María Victoria Atencia (también, por cierto, con Rosa Romojaro⁸), aunque finalmente nunca se decidiera a hacer esa Tesis doctoral.

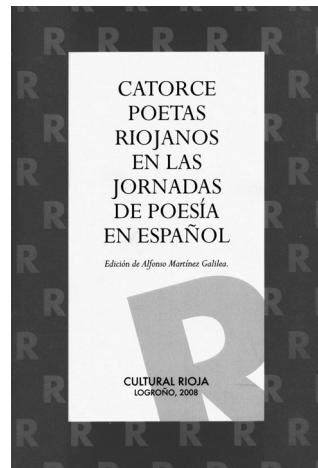
En recuerdo de esta deuda con él van dos poemas que compartimos en los mundos paralelos de nuestras lecturas simultáneas y hogareñas.

El primero se titula “*Con las luces del alba*”, como las que ahora asoman cuando termino este homenaje y recuerdo a Pepe Ramo, que dice:

*A mitad de camino entre la mar y el suelo
que hace fértil un gesto de vida proseguida,
sobre la arena oscura expuesta al sol, propongo
yo misma mi balance entre fruta y olvido;
entre amor y despecho con las luces del alba,
o las yertas palabras que acoge un laberinto
de nácar y las vierte contra el rumor del puerto.*



Portada de la obra *El oro de la edad*, de José Ramo, 1997.



Portada de la obra de Alfonso Martínez Galilea, del año 2008. Según el propio autor, en ella se incluyen poemas "memorables" por su "fuerza expresiva y su capacidad para inquietarnos" y que juntos, son un "homenaje" a la dedicación y el trabajo de todos los que han mantenido a la poesía en La Rioja.

(8) Rosa Romojaro Montero (Algeciras, 1948). Es profesora de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Málaga. De sus publicaciones teóricas y críticas destacan los libros *Lope de Vega y el mito clásico*; *Funciones del mito clásico en el Siglo de Oro*; *Lo escrito y lo leído*; y *La poesía de Manuel Altolaguirre* (2008).

En el doméstico laberinto de las calles logroñesas, en las que me he encontrado tantas veces a nuestro amigo, también hay una “Orilla” de María Victoria Atencia (título del segundo poema, dedicado a Manuel Alvar) que me había descubierto Pepe: “*Los postigos abiertos, ni siquiera yo misma / tras el sueño baldío, desalentada aguardo / su cumplida palabra en el mar del encuentro. / Cuando luego me llegue hasta su abrazo húmedo / proseguiré mi sueño en su lecho insondable; / en su pasión cobalto, índigo azul, recíproca*”. Y una “Muchacha”, que en los diversos mundos posibles (múltiples y ocultos) estará pensando escribir una tesis sobre esta poeta. Tesis, ahora sí, dirigida allá por Pepe Ramo. Una “Muchacha” a la que la poesía evoca y exhora:

*“Llevas un vaso lleno de transparencias
entre inquietas manos y escurridizos dedos.
Puedes cantar el cielo, el amor, las estrellas:
todo nacerá nuevo de tus labios hermosos.*

*Descubrirás en sueños la vida que te acosa
tan dulcemente mansa y le sonreirás.*

*Despertarás el día menos pensado entre
un mayo y un setiembre y moverá el asombro
el filo de tu enagua.*

*Revolverás entonces de un desconcierto grande
el mundo que te llena; una luz saltará,
en caños, por tus ojos.
Y seguirá la fuente el curso de tu cuello
mientras pájaros haya en vuelo por tus venas
y palabras diciendo del amor en tu boca”.*

Esta poesía le gustaba y le interesaba a Pepe Ramo. Y a mí me gusta mucho también. Y se la debo a ambos. Y como no quiero hacer una más larga antología de voces, presencias, ecos y resonancias, de palabras escritas para el momento exacto y propicio, voy a despedirme, hasta dentro de muy poco, de Pepe Ramo, con otro poema robado, esta vez a nuestro también común admirado escritor y poeta mexicano, el excelente José Emilio Pacheco, que escribe (en el poema del libro *Ciudad de la memoria* (1986-1989) titulado “Decir adiós”) íntimas y sabias palabras. Palabras y versos que hoy susurro al poeta Pepe Ramo, al amigo y al maestro. Y al que solo me queda decirle, antes de los versos de Pacheco: te admiro mucho, José Ramo, y te quiero. “Hoy es siempre todavía”.

*Decir Adiós
Acércate y al oído te diré adiós.
Gracias porque te conocí, porque acompañaste
un inmenso minuto de la existencia.
Todo se olvidará en poco tiempo.*

*Nunca hubo nada y lo que fue nada
tiene por tumba
el espacio infinito de la nada.
Pero no todo es nada,
siempre queda algo.
Quedarán unas horas, una ciudad,
el brillo cada vez más lejano de este maltempo.*

*Acércate y al oído te diré adiós. Me voy
pero me llevo estas horas.*



José Ramo en Salamanca. Foto: Isabel Galán.

José Ramo diez poemas

Selección de Alfonso Martínez Galilea

De Estrategias

FINAL DEL CERCO

No importa que la música
se levante desde las murallas
anunciando el final del asedio.
Cuestiones de estrategia.
Un día espadas, muros, hombres
cederán al óxido y al cardo,
definitivamente la memoria
se inclinará por las laderas
y lo que quede aquí será
un asunto de nombres
bajo el rigor de notas eruditas
y monedas.

DE LAS MÁXIMAS

De aquellos apotegmas que hicieron mi fervor
iluminando por un instante día o carne
he aprendido precarias nociones
de manual y verdades exigua.
Cae el amor, el éxtasis altísimo.
Ni siquiera su luz fue suficiente.
El mar se fatiga en los acantilados.
Elegir algún modo de vida improcedente.

De Arte de cámara

PENSEMOS EN ULISES QUE VUELVE

Pensemos en Ulises que vuelve:
entraba con la oscuridad
quien no podrá ser conocido,
no por años
o la ausencia abolida en las telas,
sino porque hay muchas vidas en el rostro del héroe,
una múltiple concurrencia de ulises en Ulises
y un silencio que se aproxima a la verdad.

IMAGO MUNDI, IX

Fueron ciertos algunos atardeceres en campos de Teruel,
ciertas las voces que perdí,
cierto el furor de los machos en el aguadero,
y la Rambla, y la Umbría de las Acederas.
Acerco la carrera a Cosa
por la que subo y me declino
y no espero que los dioses se apiaden de mí.
En blancas tierras se confunden los huesos de las gentes que amé.
Suma de cuerpos, sombras y palabras son
los días que regresan.
No regresan.

FUNDAMOS NUESTRAS ESPERANZAS...

Fundamos nuestras esperanzas
en los días
arrebatados a la eternidad.
De un expolio arrancamos
oficios y saberes.
Pero no hemos sabido olvidar a los dioses.

De El oro de la edad

DISCURSO

Durante muchos años las estaciones fueron
semejantes a la eternidad, discurrían
inmunes al acoso del viento y la nieve
sin tregua hasta final de abril,
o al estallido de la primavera, a la luz
más terrible de agosto, al caer de la mies.

De un puro sucederse, a veces, ya en las altas horas,
la palabra que insiste incendia todavía
los antiguos pasajes que inventó la memoria.

En el orden vagamente dichoso
que requiere un sentido a la vida y las cosas
he buscado que todo terminase
con algún episodio feliz o sagaz.
Finalmente,
he aceptado una verdad más simple
y dolorosa: el tiempo
acabó con el Tiempo.

OBRA DEL TIEMPO

Desde la galería abierta al sur
avanzo por el largo pasillo
hasta los altos ventanales
que buscan la Redonda
y la costumbre de los soportales.
Palomas y cigüeñas cortan
la leve luz ecuánime
y las torres de piedra.

Alguien repetirá estos pasos
en apariencia igual que yo.

Quizá un invierno largo
haya sido su herencia
y la distancia y otra latitud.

O una suma de versos postergados,
el olor imperioso de un libro
que se ofrece y se cierra igual que una mujer.

Las armas oxidadas para aquel que regresa
y escucha, ya vencido,
los pasos que deben sucederle
desde la galería abierta al sur
hasta la luz inhóspita del norte
por el mismo pasillo.

De Para cantar a solas

EN UN OSCURO VIAJE

Una mano ominosa ciega las salidas,
rompe el Tiempo en el tiempo, y la vida
es sombra ya de un sueño que no termina nunca,
es una vasta eternidad desasistida en que las furias
nos azotan insomnes sin piedad y sin tregua
como la luz a Edipo en su ceguera.

CORTINA

Niebla densa y silente
habrá cubierto la fotografía
que te acompañó.
La que marcó las páginas de un libro y te sostuvo
en las noches de insomnio, entrado ya el invierno,
cuando todo iba de mal en peor.
Con ansiedad la seguirás buscando
entre los libros de tu biblioteca.
Tal vez algún contorno leve,
un poco más oscuro,
te permita recordar la instantánea:
el rostro en primer plano
y la luz azulencia, en el fondo,
que venía del mar o era el mar.
El tiempo habrá borrado
la fiebre que animaba una boca precisa
y esa melancolía de los ojos
que siempre parecían estar diciendo adiós.
Este es, amiga mía, el viaje a los infiernos:
la memoria abolida,
un silencio sin luz
por el que avanzas solitaria y ciega
y el regreso imposible a la carne que amaste,
al cuerpo que te amó.

VOCES CONSENTIDAS

¿Qué hicimos de las voces que una vez florecieron
-nombre y boca ofrecidos al temblor de la espera,
canto abierto incansable en el mar del oído?

¿En qué pliegue del cuerpo nos hemos refugiado
-sombras de otras hogueras-,
en la costumbre diurna de qué ciego redil?

Para que nuestras palabras se acordasen
en el plácido reino al que se entra con fe,
una cháchara fútil dispersó nuestras voces
y la risa cobarde nos alimentó.

Fuimos menos que nada en la puja final de los deseos
y dóciles nos dimos al primer impostor.

Conocimos la noche y en la carne humillada
el estigma del fuego: marca oscura del Padre
desvaneciendo un sueño de altas velas henchidas
y vientos favorables abriéndonos al mar.

¿Muere aquí lo vivido? ¿Estamos escribiendo
el final de una historia antes del fin?

Háblame todavía del común abandono
en las desvanecidas tardes de la adolescencia.
Recuérdame que entonces las voces confundidas
se abrían hacia campos de soles o azafrán,
que en las blandas arcillas de una balsa en la sierra
modelamos los labios sin culpa en un juego consentido y veraz.

Dime que aún hubo noches en que la luz temprana nos reconoció
-viajeros que han amado para siempre la boca y la semilla.

Dímelo una vez y otra vez para que en adelante no seamos
el eco de unos nombres que se desvanecen.

Bibliografía. Obras de José Ramo Gómez

Libros de poesía:

Estrategias. La Torre de los Panoramas. Logroño, 1981.

Aparte. AMG Editor. Cuadernos de la Selva Profunda, 4. Logroño, 1991.

Arte de cámara. Gobierno de La Rioja. Chapiteles, 5. Logroño, 1995.

El oro de la edad. AMG Editor. Cuadernos de la Selva Profunda, 17. Logroño, 1997.

Para cantar a solas (En preparación). Ángeles Sancha Libros. Logroño, 2015.

Relato:

Hasta dejarlo todo atrás. V Premio De Buena Fuente de Relato. Ayuntamiento de Logroño. Colección De Buena Fuente, 5. Logroño, 1990.

Centauro. En Relatos riojanos. 1995. La Rioja. Logroño, 1995.

Antologías:

Poetas en La Rioja. Manuel de las Rivas, Ramón Irigoyen, Roberto Iglesias Hevia, José Ramo,

Francisco Ibernia, Alfonso Martínez Galilea, Pedro Santana. Fundación Pablo Iglesias. Logroño, 1984.

Antología de Poesía en La Rioja (1960-1986). Manuel de las Rivas, Emilio Sagasti, Ramón Irigoyen, Roberto Iglesias Hevia, José Ramo Gómez, Ángel Compairé, Luis Martínez de Mingo, Javier Pérez-Escohotado, Francisco Ibernia, Raúl Eguizábal, Miguel Fernández Cid, José Ángel Escuín, Alfonso Martínez Galilea, Pedro Santana, Juan Manuel González Zapatero, Fco. José Quintana. Gobierno de La Rioja. Logroño, 1986.

Un día en la vida de Logroño. Edición de Alfonso Martínez Galilea. Manuel de las Rivas, Emilio Sagasti, Roberto Iglesias, José Ramo, Francisco Ibernia. Pedro Santana, José Ignacio Foronda, Juan Manuel González Zapatero, Paulino Lorenzo. Ayuntamiento de Logroño. Logroño, 1995.

14 poetas riojanos en las Jornadas de Poesía en Español. Edición de Alfonso Martínez Galilea. Manuel de las Rivas, Roberto Iglesias, José Ramo, Luis Martínez de Mingo, Javier Pérez Escohotado, Francisco Ibernia, Raúl Eguizábal, Desiderio C. Morga, Pedro Santana, Juan Manuel González Zapatero, José Ignacio Foronda, Ángel María Fernández, Rafael Pérez Foncea, Paulino Lorenzo. Cultural Rioja. Logroño, 2008.

Ensayo:

“El escritor en las autonomías: La Rioja”. Ponencia presentada al Congreso de Escritores de las Autonomías. Hervás (Cáceres), Mayo de 1987.

“Blanco Lac: la pintura como invención”. Cultural Rioja. Logroño, 1992.

2ª edición: Museo Camón Aznar. Zaragoza, 1994.

“El origen de Logroño”. En Logroño, en miles de colores. Ayuntamiento de Logroño. Logroño, 2001.

Traducción:

- “Dos versiones de Tristan Corbière”. Traducción de José Ramo. AMG Editor. *Sueltos de la Selva Profunda*, 6. Logroño, 1997.
- “5 Poemas de Alfonso Martínez Galilea” (Traducidos al francés). En Dibujos de Tito Inchaurrealde. Creator Book. Barcelona, 2004.
- “Tristan Corbière: Diez poemas”. Nota y traducción de José Ramo. *Hablar de Poesía*. N° 16. Buenos Aires, 2006.
- El forzado inocente*, de Jules Supervielle. Traducción, introducción y notas de José Ramo. Pre-Textos. La Cruz del Sur. Valencia, 2014.
- Brassens, la libertad*, de Joan Sfar. Traducción de José Ramo. Fulgencio Pimentel. Logroño, 2012.

Revistas:

- “Introducción al ejercicio de las armas y de las letras”, 5 poemas. *L'Anguilla. Revisa de Literatura*. N° 2. Logroño. Mayo, 1980.
- “Poemas”. *Calle Mayor*. N° 1. Logroño, 1985.
- “Suma de géneros”. *Calle Mayor*. N° 2. Logroño, 1986.
- “Errar y dar en blanco” (sobre la pintura de Enrique Blanco Lac). *Calle Mayor*, N° 3. Logroño, 1986.
- “Un brillante porvenir”. *Calle Mayor*. N° 8-9. Logroño, 1988.
- “Dos poemas”. *Turia. Revista Cultural*. N° 15. Teruel, 1990.
- “Dile adiós a la noche”. *Fábula. Revista Literaria*. N° 2. Logroño, 1996.
- “Dos poemas”. *Sueltos de la Selva profunda*, 46. Logroño, 2002.
- “En la luz de la tarde”. *Hablar de Poesía*. N° 16. Buenos Aires, 2006.
- “El ágora y la casa” (sobre la poesía de Rafael Felipe Oteriño). *Tarjeta de visita*. N° 1. Mayo 2006.
- “Poemas y traducciones”. *Mangolele*. N° 6. Logroño, 2012.

Sobre José Ramo:

- “Treinta años de poesía en La Rioja”. Manuel de las Rivas. Estudio introductorio a la *Antología de Poesía en La Rioja*. Gobierno de La Rioja. Logroño, 1986.
- La irresistible ascensión de José Ramo*. Alfonso Martínez Galilea. Logroño-Ciudad. N° 5. Logroño, 1986.
- “Lo que tampoco es exactamente una poética”. Bernardo Sánchez Salas. *Antología de Poesía en La Rioja*. Gobierno de La Rioja. Logroño, 1986.
- “En la muerte de José Ramo”. Jonás Sáinz. La Rioja. Logroño, 5 de Agosto de 2014.
- “José Ramo me enseñó a leer”. Pablo García Mancha. La Rioja, 8 de Agosto de 2014.
- “El forzado inocente de Jules Supervielle” (reseña) Francisco Javier Irazoqui. *El Cultural*, 22-29 de febrero de 2015, pág. 18.